

punto de apoyo? ¿Lo buscará, señores, en las tinieblas de una metafísica obstrusa? ¿Se aislará de todas las realidades, de todos los sentimientos y de todas las necesidades, para formarse un laberinto cuyas salidas no podrá ya encontrar la inteligencia? Él mismo perderá su hilo; encerrado en la sutil prision que se habrá construido, le tomará la risa del orgullo que se ha engañado á sí mismo, y llamando á sí desde el fondo corrompido de las edades, á los espíritus curiosos de las doctrinas raras, lanzará contra Dios y el género humano el anatema del desprecio. Dios pasará sin oírle, y el género humano sin responderle. Hagamos como ellos, pasemos tambien.

Tenemos de Dios una intuicion triple: intuicion negativa en la naturaleza, intuicion directa en las ideas de verdad y de justicia, intuicion práctica en la sociedad humana. La naturaleza, mostrándonos en sí caractéres incompatibles con un ser subsistente por sí mismo, nos hace subir hasta su causa; las ideas de verdad y de justicia nos nombran á Dios sin el cual nada serian; la sociedad humana que no puede pasar sin él, nos prueba su existencia por su necesidad. Pero además de estas revelaciones incesantes, hay algunas que la divina Providencia siembra de tiempo en tiempo en el camino de las naciones; lanza rayos, desgarrá velos, da un sentimiento tan lleno y profundo, que todos le reconocen, y todo un pueblo deja escapar de su corazon este grito unánime é involuntario: ¡Dios! ¡es Dios! Nos hallamos, señores, en una de esas horas en que Dios se descubre; ayer pasó por aquí, y toda la tierra lo ha visto. ¿Y pudiera yo callar en su presencia? ¿Pudiera yo retener en mis trémulos labios la plegaria del hombre, que un día de su vida ha visto de mas cerca á su Dios?

Oh Dios, que acabais de descargar esos golpes terribles, Dios, juez de los reyes y árbitro del mundo, mirad con ojos propicios á este antiguo pueblo francés, hijo primogénito de vuestro derecho y de vuestra Iglesia. Acordáos de sus servicios pasados, de vuestras bendiciones primeras; renovad con él la antigua alianza que le habia hecho vuestro siervo; llamadle á su corazon, que tan lleno estuvo de Vos, y que aun ahora mismo, en las primicias de una victoria en que á nada real ha respetado, daba prendas del imperio que á nadie concede sino á Vos. Oh Dios justo y santo, por esa cruz de vuestro hijo que las manos de ese pueblo ha llevado del palacio profanado de los reyes al palacio sin mancha de vuestra Esposa, velad sobre nosotros, protegédnos, alumbradnos, probad al mundo una vez mas, que un pueblo que os respeta es un pueblo salvado.

## SERMON CUADRAGÉSIMO SEXTO.

### De la vida interior de Dios.

Dios existe; pero ¿qué hace? ¿cuál es su accion? ¿cuál su vida? Esta es la cuestion que se presenta inmediatamente al entendimiento. Desde que este ha reconocido la existencia de un ser, se pregunta cómo vive; y con mayor razon se lo preguntará de Dios, que siendo el principio de los seres, excita en nosotros una necesidad de conocerle tanto mas ardiente y justa, cuanto su accion es el modelo de toda accion, y su vida el ejemplar de toda vida. ¿Qué es, pues, lo que hace Dios? ¿En qué pasa su eternidad? Hé aquí, ciertamente, una cuestion atrevida. Sin embargo, el hombre se la propone y quiere resolverla. ¿Mas cómo la resolverá? ¿cómo penetrará en la esencia divina para entrever en ella el incomprendible movimiento de un espíritu eterno, infinito, absoluto, inmutable?

Tres doctrinas se presentan á nosotros: la una afirma que Dios está condenado á una soledad espantosa por la soberana magestad de su naturaleza; que solo, en sí mismo, se mira con una mirada que no encuentra sino á él, y se ama con un amor que no tiene mas objeto que él; que en esta mirada y este amor eternamente solitarios, consisten la naturaleza y perfeccion de su vida.

Segun otra doctrina, el universo nos manifiesta la vida de Dios, ó mas bien, es la misma vida de Dios. Vemos en él su accion permanente, el teatro en que realiza su poder y se reflejan todos sus atributos. Dios no existe sin el universo, como el universo no existe sin Dios. Dios es el principio, el universo la consecuencia; pero una consecuencia necesaria, sin la cual el principio seria inerte, infecundo, imposible de concebir.

La doctrina católica reprueba estos dos sistemas. No admite que sea Dios un ser solitario, eternamente ocupado en una estéril ocupacion de sí mismo; tampoco admite que el universo, si bien obra de Dios, sea su vida propia y personal. Elevándose sobre estas débiles ideas, y arrebatándonos en alas de la palabra divina mas allá de todas las concepciones de la mente humana,

nos enseña que la vida divina consiste en la union coeterna de tres personas iguales, en quienes la pluralidad destruye la soledad y la unidad la division; cuya mirada se responde, cuyo corazon se comprende, y que abismadas en este flujo y reflujo de la una á la otra, idénticas en sustancia, distintas en personalidad, forman juntas una sociedad inefable de luz y de amor. Tal es la esencia de Dios, y tal su vida, una y otra enérgicamente expresadas por estas palabras del apóstol San Juan: *Tres sunt qui testimonium dant in caelo, Pater, Verbum et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt*: Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa (1).

Aquí, señores, y poco despues de haberos prometido claridades, no parece sino que goce yo en traeros á un laberinto de tinieblas; porque ¿es posible concebir cosa alguna mas espantosa para la inteligencia, que los términos en que acabo de enunciar, segun la Escritura y la Iglesia, las relaciones que constituyen la vida íntima de Dios? Sin embargo, señores, no os fieis de esta impresion primera; confiad mas bien en mis promesas, porque son las del Evangelio, donde está escrito: *Ego sum lux mundi*: Yo soy la luz del mundo. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitae*: El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (2). Sí, tranquilizáos, contad con Dios, que no ha propuesto á vuestra creencia ninguna cosa inútil, y ha ocultado brillantes tesoros en los mas oscuros misterios, como ha ocultado en las entrañas de la tierra los brillos del diamante. Seguidme, pasemos las columnas de Hércules, y dejando que la verdad hinche nuestras velas, avancemos sin temor hasta las regiones trasatlánticas de la luz.

Queriendo darnos cuenta de la vida divina, la primer cuestion que debemos resolver es esta: ¿Qué es la vida? Porque mientras no sepamos qué es en sí la vida, es claro que no podremos formarnos idea alguna de la de Dios. ¿Qué es pues la vida? Para entenderlo, debemos preguntarnos qué es el ser; porque la vida es evidentemente cierto estado del ser. De este modo llegamos á esta cuestion primera y principal. ¿Qué es el ser? Y la resolveremos investigando lo que hay de permanente y comun en los seres infinitamente variados cuyo espectáculo tenemos á la vista. Ahora bien, en todos los seres, sean cuales fuesen su nombre, su forma, su grado de perfeccion ó de inferioridad, descubrimos una fuerza misteriosa que es el principio de

(1) Epistola 1ª, cap. 5, vers. 7. — (2) S. Juan, cap. 8, vers. 12.

su subsistencia y organizacion, y á la que llamamos actividad. Todo ser, aun el mas inerte en apariencia, es una actividad; se condensa en sí mismo, resiste á los esfuerzos extraños, atrae y se incorpora elementos que le obedecen. Un grano de arena está en lucha y en armonia con el universo, y se conserva por esa fuerza que es la misma esencia de su ser, y sin la cual se abismaria en la incapacidad absoluta de la nada. Siendo la actividad el carácter permanente y comun de cuanto existe, síguese que el ser y la actividad son una sola y misma cosa, y que tenemos el derecho de presentar esta definicion: el ser es la actividad. Santo Tomás de Aquino nos ha dado el ejemplo de ello, cuando teniendo que definir á Dios, que es el ser en su totalidad real, ha dicho: *Dios es un acto puro*.

Pero la actividad envuelve la accion, y la accion es la vida. La vida es en el ser lo que la accion es á la actividad. Vivir, es obrar. Es verdad que siendo la accion perfecta la que es espontánea, y sobre todo libre, señalamos ordinariamente el nacimiento ó la aparicion de la vida allí donde se manifiesta ese género de accion. Así decimos, que la piedra existe, que la planta vegeta, que el animal vive; pero estas expresiones diversas indican solamente las gradaciones de la actividad, cuya presencia por débil que sea, constituye do quiera el ser viviente.

Sabemos lo que es la vida. Demos un paso mas, investiguemos sus leyes generales, y apliquémoslas á Dios.

La primera ley general de la vida es esta: «La accion de un ser es igual á su actividad.» Con efecto, la accion de un ser no puede ser limitada sino por una fuerza extraña ó por su propia voluntad. Pero una fuerza extraña no le detiene sino en el grado en que él mismo carece de energía; y en cuanto á su propia voluntad, si está dotado de ella, le lleva necesariamente hasta donde puede él llegar por su naturaleza. Una accion superior á su actividad le es imposible; una accion inferior no le basta; una accion igual á su actividad, es la única que le pone de acuerdo consigo mismo y con el resto del universo. Por ello, señores, ora consideréis el movimiento general de los mundos, ó la tendencia de cada ser en particular, les veréis obrar á todos segun la cantidad de sus fuerzas, y no poner coto á su ambicion sino porque lo tienen sus facultades. Todos, incluso el hombre, van hasta donde pueden; todos, al llegar al término que los rinde ó los detiene, escriben como el poeta confesando su impotencia á la par que su orgullo:

*Sistimus tandem nobis, ubi defuit orbis.*

Conocida esta primera ley general, deduciré ya alguna cosa en orden á la vida de Dios; porque siendo la accion de un ser igual á su actividad, y siendo Dios la actividad infinita, síguese que hay en Dios una actividad infinita, ó hablando aun mas claramente, que una accion infinita constituye en Dios la misma vida de Dios. ¿Pero qué es una accion? La naturaleza y la humanidad no se componen sino de un tejido de acciones; no hacemos otra cosa desde el instante de nuestro nacimiento hasta el de nuestra muerte; y sin embargo, ¿sabeis bien lo que es una accion?

¿Habeis meditado alguna vez sobre el sentido de esta palabra, que encierra en sí sola cuanto pasa en el cielo y en la tierra? La accion es un movimiento; nos es imposible concebir su naturaleza bajo de una forma mas clara y general. El cuerpo se mueve cuando obra, la inteligencia se mueve cuando trabaja, el corazon se mueve cuando concibe afectos; sea cual fuere la parte de que venga el acto, la lengua solo tiene un término para expresarlo, y el entendimiento una sola idea para representárselo. Todo está en movimiento en el universo, porque todo es en él accion; y todo es accion, porque desde el átomo hasta el astro, desde el polvo hasta el espíritu, todo es en él actividad. Pero el movimiento supone un fin, un término á que el ser aspira. Yo me agito, corro, expongo mi vida: ¿por qué? ¿qué es lo que quiero? Seguramente busco alguna cosa que me falta y que necesito; porque si nada me faltase, mi movimiento no tendria causa, el reposo seria mi estado natural, la inmovilidad mi dicha. Puesto que me muevo, es para obrar; obrar es juntamente el motivo y el término del movimiento, y por consiguiente la accion es un movimiento productor.

No os canseis de seguirme, señores; verdad es que os llevo por caminos cuya salida acaso no entreveis aun; sois pasajeros en la nave de Colón, buscáis en vano la estrella que os anuncie el puerto; pero esforzáos, ahora mismo gritaréis: ¡Tierra! Tocamos á ella.

La accion es un movimiento productor, como acabo de mostrarlo; y como la accion es la consecuencia de la actividad, síguese de aquí, que la produccion es el fin último de la actividad, es decir, del ser, dado que el ser y la actividad son una sola y misma cosa. ¿Pero en qué proporcion el ser producirá? Claro es que en proporcion de su actividad, puesto que segun la primera ley general de la vida, la

accion de un ser es igual á su actividad. Así, vivir, es obrar, es producir; producir es sacar de sí alguna cosa igual á sí. Sin duda puede concebirse una produccion inferior al ser de donde emana; pero esta produccion, si se verifica no será el acto principal de la vida, no será mas que su accesorio y accidente. Todo ser tiende á producir segun la plenitud de sus facultades, porque tiende á vivir con la plenitud de su vida, y no llega á este término natural de su ambicion sino sacando de sí alguna cosa igual á sí mismo. Fácil es demostrarlo con la observacion, despues de haberlo probado por el discurso. ¿En qué consiste, por ejemplo, el doloroso trabajo del artista? El artista ha tenido en su alma una vision de lo verdadero y de lo bello; el horizonte se ha rasgado á su vista, y en luminosa lontananza de lo infinito ha percibido una idea que se ha apropiado y le atormenta noche y dia. ¿Qué quiere y qué es lo que turba? Quiere expresar lo que ha visto ú oido; quiere que un lienzo, que una piedra ó una palabra exprese su pensamiento tal como está en él, con la misma claridad, la misma fuerza, la misma poesía, la misma acentuacion. Mientras no consigue esta feliz igualdad entre su concepcion y su estilo, está bajo el peso de una desgracia que le desespera, porque es inferior á sí mismo, y llora con ardientes lágrimas la ineficacia de su genio, que le parece como un insulto y una muerte. *Aquel á quien se ha dado mas*, dice el Evangelio, *se le pedirá mas*. Tal es la ley de la produccion así en el orden de la naturaleza y del arte, como en el orden de la virtud.

Mas para que la vida produzca alguna cosa igual á sí misma, es necesario, señores, que produzca la vida; para que el ser viviente produzca algo igual á sí, es preciso que produzca su semejante, ó en otros términos, que sea fecundo. La fecundidad es el término último y completo de la produccion, la cual es tambien el término necesario de la actividad. De este modo llegamos á conocer y asentar esta segunda ley general de la vida: «la actividad de un ser se reasume en su fecundidad.»

Aquí, señores, habla tan alto el espectáculo de las cosas, que es casi inútil invocarlo. ¿Cuál es en la naturaleza el ser tan vil y desheredado que no haya recibido de Dios la gracia de producir su semejante, de verse en otro él mismo emanado de él? La planta no cesa de sembrar en la tierra el germen que la multiplica; el árbol esparce en torno de sí y confia á los vientos del cielo las misteriosas semillas que le aseguran una filiacion innumerable; el animal reúne sus cachorros bajo su teta inagotable; y el hombre, despues de todos,

el hombre, espíritu y materia, reúne en su frágil vida la doble fecundidad de los sentidos y de la inteligencia. Légame todo entero á una posteridad que le perpetúa así el alma como el cuerpo, padre dos veces bendito y dos veces inmortal. ¿Osaré yo ir mas adelante, y pasando del hombre á las fronteras opuestas de la vida os haré notar el prodigio de la fecundidad hasta en esos seres á quienes la ciencia niega la organizacion, y que no obstante, á pesar de su miseria, encuentran todavía en sí la fuerza de seducir á la naturaleza y perpetuarse en su seno por medio de alianzas que revelan su vital energía? En vano del uno al otro polo, desde el hombre hasta el gusano de tierra, busco la esterilidad; solo en un lugar y en una cosa la descubro, en la muerte. De manera que puede decirse con rigurosa exactitud, que la vida es la fecundidad, y que la fecundidad es igual á la vida.

Levantemos ahora los ojos, pues podemos, levantémoslos á Dios. Si lo que hemos dicho es verdad, siendo Dios la actividad infinita, es tambien y por lo mismo la fecundidad infinita. Que si fuera activo sin ser fecundo, si fuera infinitamente activo sin ser infinitamente fecundo, seguiríase de aquí una de dos cosas, ó que tendria una accion improductiva, ó que no produciria sino á fuera de sí mismo, en la region de lo temporal y de lo infinito. Decir que la accion de Dios es improductiva, es decir que obra sin causa, y que su vida se consume en la impotencia de una eterna esterilidad; decir que su accion no es productiva sino exteriormente, es decir que su vida no le es propia, lo que es absurdo, ó que el universo es su vida, lo que nos vuelve al panteísmo. Es, pues, forzoso deducir que la vida de Dios se ejerce dentro de él mismo con infinita y soberana fecundidad. No inquiráis anticipadamente, señores, cómo se realiza este adorable misterio, no precipiteis vuestra curiosidad en busca de la luz y del abismo. Domináos, mirad el punto que miráis, oid el sonido que oís, y no mas. Lo infinito, en el cielo, se ve de un solo golpe; en la tierra levantamos penosamente alguna parte del velo que lo oculta á nuestros ojos.

En este momento solo una cosa quiero de vosotros: os pregunto si podeis formaros la idea del ser sin la idea de actividad, la idea de actividad sin la idea de produccion, la idea de produccion sin la idea de fecundidad. Os pregunto si vuestro espíritu consiente en formar este juicio: Dios es una actividad infinita que tiene por resultado una infinita esterilidad. Me diréis: él se mira y se ama, ¿es esto nada? Sí, pero su mirada y su amor son estériles; ¿os

contentaríais con ello vosotros? ¡Cómo! Vuestra mirada y vuestro amor son fecundos, producen un ser viviente, semejante á vosotros, en quien os veis y os amais; y Dios, el principio y ejemplar de las cosas, ¿no poseeria de un modo infinito y sobrenatural el misterio que poseis vosotros bajo de una forma infinita y natural? Su actividad exterior seria bastante grande para dar la vida al universo, en tanto que su actividad interior y personal solo terminaria en el silencio de una soledad inmensa. ¿Con que la fecundidad seria una miseria, y la esterilidad una perfeccion? Si es aquella una perfeccion, ¿no veis que Dios las encierra todas en un grado sobreeminente? Preciso es, pues, concluir con Santo Tomás de Aquino en su admirable tratado de las personas divinas: *Como toda accion tiene por consecuencia alguna cosa que procede de esta accion, así como hay una procesion exterior que se sigue de la accion exterior, así hay tambien una procesion interior que se sigue de la accion interior... y así es como la fe católica pone en Dios una procesion* (1).

Avancemos, señores, y veamos porqué la fecundidad es el resumen ó el término de la actividad de los seres, porqué los seres tienden á producir sus semejantes, y efectivamente los producen. La razon de ello está en la idea misma de actividad y de accion. Porque una accion es un movimiento; porque un movimiento supone un punto de partida, que es el ser que obra; un punto de llegada que es el ser deseado, y una relacion entre el principio y el término del movimiento, entre el ser que obra y el ser deseado. Quitad esta relacion y no queda ya causa del movimiento, y por consiguiente ni accion, ni actividad, ni vida, ni ser, ni nada. La relacion es la esencia misma de la vida, y no basta consultar á nuestra propia vida, para tener de ello una demostracion superabundante. ¿Qué hacemos, señores, qué es lo que hacemos desde el primero hasta el último de nuestros días? Mantenemos relaciones con Dios, con la naturaleza, con los hombres, con los libros, con los muertos y los vivos: hasta el tiempo que mide nuestra edad es una relacion, y en vano se esforzaria nuestro espíritu en representarse la vida de otro modo que como un tejido indivisible de innumerables relaciones.

Esto supuesto, ¿qué es una relacion? Nos importa en gran manera saberlo, pues que ahí está el último nudo de todo nuestro ser. Una relacion consiste en la aproximacion de dos términos distintos. La aproximacion perfecta es la unidad, la distincion perfecta es la plu-

(1) Cuestion 27, art. 1.

ralidad, y por consiguiente la relacion perfecta es la unidad en la pluralidad. Recorred toda la trama de vuestras relaciones y no veréis en ella otra cosa. La vida de vuestra inteligencia es una unidad de espíritu en una pluralidad de pensamientos; la vida de vuestro cuerpo es una unidad de accion en una pluralidad de miembros; vuestra vida de familia es una unidad de afecto y de intereses en una pluralidad de personas; vuestra vida de ciudadano es una unidad de origen, de deberes y de derechos, en una pluralidad de familias; vuestra vida católica es una unidad de fe y de amor en una pluralidad de almas que tienden hácia Dios; y así de todo lo demás. ¿Qué hago yo aquí? ¿De dónde nace que mi palabra se dirija á vosotros? ¿Qué hay entre ella y este auditorio? Nada, sino que mi alma busca á la vuestra para conducirla al foco de una luz, que sin destruir la distincion de vuestra personalidad y de la mia, nos reúne sin embargo en la unidad presente de una misma esperanza, y en la unidad futura de una misma felicidad.

Pero esta maravilla de la unidad en la pluralidad no puede establecerse sino por la semejanza de los seres, y la semejanza de los seres supone su igualdad de naturaleza por su comunidad de origen. Así que la fecundidad que produce seres semejantes á su autor y semejantes entre sí, es el principio natural de la unidad en la pluralidad, es decir, de las relaciones que constituyen la vida de los seres por el conjunto continuo de sus actos. Verdad es que mantenemos relaciones con seres con quienes no estamos unidos ni por un origen común, ni por una semejanza perfecta; pero tambien esas relaciones son débiles y remotas, y el grado de semejanza determinado por el grado de parentesco es siempre el que mide la fuerza y la intimidad de las relaciones. Así los miembros de una familia se tocan de mas cerca que los miembros de una ciudad; los pueblos de una misma raza se unen mas estrechamente que los pueblos de raza diferente; y todos los seres criados vienen á tomar de Dios, su comun Padre, la razon de las semejanzas y relaciones mas ó menos directas que los ligan á todos juntos en la vasta unidad de la naturaleza.

Tenemos por lo tanto derecho para sentar esta tercera ley general de la vida: *El objeto de la fecundidad es producir relaciones entre los seres, es decir, dar un objeto y una razon á su actividad.*

Ya no os causarán asombro, señores, estas prodigiosas palabras de San Juan: *Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa* (1).

(1) Cap. 8, vers. 12.

Entendeis que el misterio de la vida es un misterio de relaciones, es decir, un misterio que implica estos dos términos: Unidad en la pluralidad, pluralidad en la unidad. Pero antes de concluirlo de una manera todavía mas formal, parémonos un momento á considerar el efecto de las relaciones en los seres.

La vida no es el único fenómeno que presentan ellos á nuestra vista. Por cima del movimiento que los mezcla y arrebata, descubrimos un atractivo á que llamamos hermosura. La hermosura es el resultado del orden; donde quiera que cesa el orden, desaparece la hermosura. ¿Pero qué es el orden sino la unidad que brilla en una multitud de seres, y que, no obstante sus distinciones y variedades, los reduce á todos al esplendor de un solo acto?

La bondad es la hermana de la belleza. Es el don que se hacen mutuamente los seres de sus ventajas, y por consiguiente es tambien efecto de las relaciones. Para darse y para recibir, es preciso que haya dos á lo menos.

Así, señores, la vida, la hermosura, el bien, tienen un mismo principio, que es la unidad en la pluralidad, y negar á Dios este doble carácter, es negarle juntamente la vida, la belleza y la bondad. ¿Se las negaréis? Aunque no entendiérais cómo un mismo ser puede realizar en sí la unidad y la pluralidad, ¿esta debilidad de vuestra inteligencia destruiria la cadena de los raciocinios y las observaciones que nos han iniciado en los mas profundos secretos de la naturaleza de las cosas? Pero acometamos de frente la dificultad.

Dios es uno; su sustancia es indivisible, porque es infinita; esto es indudable así por la fe como por la razon. Dios, pues, no puede ser muchos por la division de su sustancia. Pero si no es muchos por la division de su sustancia, ¿cómo lo será? Cómo un ser uno é indivisible puede al mismo tiempo ser muchos? Señores, bástame una palabra, y os pregunto á mi vez: ¿por qué Dios necesita ser muchos? ¿No es acaso para tener en sí mismo relaciones, esas relaciones sin las cuales no podríamos concebir ni la actividad, ni la vida, ni el ser? Pues bien, permanezca la sustancia de Dios siendo lo que es y lo que debe ser, el sitio de la unidad, y produzca en sí mismo sin dividirse términos de relacion, es decir, términos que sean el sitio de la pluralidad refiriéndose á la unidad. Porque estas dos cosas, uno y muchos, son igualmente necesarias para constituir relaciones; y si la sustancia de Dios fuera divisible, faltando en ella la unidad, faltarian tambien las relaciones.

Os comprendo, señores; quereis decirme que ni aún entendeis las expresiones de que me sirvo, y que hay contradicción manifiesta entre la idea de una sustancia única y la idea de muchos términos de relación que se contuvieran en ella sin dividirla. Voy á mostraros lo contrario, y aun cuando no tuviérais sino la inteligencia de un niño, os bastaría para seguirme y hacer justicia á la verdad.

Extiendo la mano: ¿dónde está mi mano? En el espacio. ¿Qué es el espacio? Los filósofos han disputado acerca de su naturaleza: los unos han creído que era una sustancia infinitamente delicada y sutil; los otros que era cierta cosa vacía, una simple posibilidad de recibir cuerpos. Como quiera que sea, sustancia ó no, el espacio es manifiestamente una capacidad constituida por tres términos de relación, la longitud, la latitud y la profundidad; tres términos perfectamente distintos entre sí, inseparables entre sí, iguales entre sí como no sea por una abstracción del entendimiento, y que sin embargo no forman juntos en su evidente distinción mas que una sola é indivisible extensión, que es el espacio. Digo que la longitud, la latitud y la profundidad, son términos de relación; es decir, términos que se refieren uno á otro, puesto que el sentido de la longitud está determinado por el de la latitud, y así de lo demás. Digo que estos términos de relación son distintos uno de otro; porque es evidente que la longitud no es la latitud, y la latitud no es la profundidad. Digo en fin, que estos tres términos, no obstante su distinción real, solo forman una sola é indivisible extensión, lo que es tambien por extremo evidente para los sentidos y la inteligencia. No hay, pues, oscuridad ni contradicción de lenguaje en emitir esta proposición: Dios es una sustancia única, que contiene en su indivisible esencia términos de relación realmente distintos entre sí.

¿Queréis un ejemplo mas positivo que el del espacio? Porque, á pesar de la realidad del espacio, pudiérais tal vez reputarle una especie de abstracción: pues bien, recoged el primer cuerpo que se os presente. Todo cuerpo, sea el que fuese, piedra ó diamante, está encerrado en las tres formas de longitud, de latitud y de profundidad. Prisionero de la extensión, la lleva consigo en su forma una y triple, y se la incorpora íntegramente mediante una penetración recíproca que hace de entrambos una sola cosa. El cuerpo es el espacio, y el espacio es cuerpo. La longitud, la latitud y la profundidad son el cuerpo en cuanto largo, en cuanto ancho, en cuanto profundo. Dividid el cuerpo cuanto queráis, mudad su materia íntima á vuestro gusto, siempre subsistirá el mismo fenómeno de unidad en

la pluralidad; de manera que nada hay en la naturaleza, espacio y cuerpo, el continente y el contenido, que no caiga bajo de esta definición tan sencilla como asombrosa: una sustancia única en tres términos de relación realmente distintos entre sí.

El universo habla, pues, como San Juan. No solo no hay en él cosa alguna que se oponga á la legitimidad lógica de las expresiones que representan el misterio de la vida divina, no solo estas expresiones toman en él el carácter de una fórmula general y algebraica de los seres, sino que el poder de la analogía nos conduce además á aplicar esta fórmula al principio mismo de los seres, al que no ha debido poner en sus obras sino una copia ó un reflejo de su propia naturaleza.

Sin embargo, desde el punto que se aplican á Dios expresiones ó leyes del orden visible, súbito mudan en él de proporciones, por cuanto pasan de la religión de lo finito á la de lo infinito. No debeis, pues, maravillaros si la doctrina católica os enseña que los términos de relación toman en Dios la forma de la personalidad. Entendámonos sobre esta palabra. Todo ser, por el hecho de ser él y no otro, posee lo que llamamos individualidad. Mientras subsiste, se pertenece; puede crecer ó amenguarse; perder ó adquirir; puede comunicar á otro algo de sí, pero no todo su ser. Es él en tanto que existe; ningun otro es ni será nunca él, sino él. Tal es la naturaleza y la fuerza de la individualidad. Suponed ahora que el ser individual tenga conciencia é inteligencia de su individualidad, que se vea vivo y distinto de todo lo que no es él, y será una persona. La personalidad no es otra cosa que la individualidad que tiene conciencia é inteligencia de sí misma. La individualidad es propia de los cuerpos; la personalidad de los espíritus. Ahora, Dios es un espíritu infinito; todo cuanto le constituye, sustancia y términos de relación, es espíritu. Por consiguiente cada término de las relaciones divinas tiene conciencia é inteligencia de sí mismo; se ve distinto de los otros en cuanto término de relación; uno con ellos en cuanto sustancia; su distinción constituye su individualidad relativa; la conciencia y la inteligencia de su individualidad relativa le constituyen una persona. Imagináos el espacio convertido en un espíritu, y tendréis un fenómeno análogo. La longitud, la latitud y la profundidad, tendrían conciencia é inteligencia de su individualidad relativa, conciencia é inteligencia de su unidad absoluta en el espacio; serian una por la sustancia, y muchas por la distinción elevada al estado personal.